

LA GUERRA DE UCRANIA. ¿UN NUEVO ORDEN MUNDIAL?

Juan RODRÍGUEZ GARAT



(retirado)

Nada le proporciona mayor estimación a un príncipe que las grandes empresas.

Nicolás Maquiavelo

¿El fin de la historia?



INSPIRADO por los acontecimientos que sacudieron el mundo en el vertiginoso 1991 —la disolución del Pacto de Varsovia y, sólo unos meses después, la caída de la propia URSS—, el prestigioso analista norteamericano Francis Fukuyama publicó un aplaudido ensayo que llevaba por título *El fin de la Historia y el último hombre*. Sostenía el autor que la derrota del comunismo en la Guerra Fría ponía el punto final a la lucha por las ideologías que había caracterizado al siglo xx. En adelante, la historia de la humanidad habría de centrarse en las vicisitudes de la economía y en el progreso de la ciencia más que en los innumerales conflictos armados que salpicaron y condicionaron nuestro pasado.

Aunque el propio autor ha renegado públicamente de las conclusiones de su obra, en algo sí tenía razón. Desde el ya lejano 1992, año de publicación del ensayo, las numerosas guerras que ha vivido y sigue viviendo la humanidad ya no han sido ideológicas. Si acaso, la ideología puede haber servido de pretexto para esconder otras motivaciones, casi siempre más oscuras; un pretexto, además, poco creíble para los observadores imparciales. Así, cuando Putin asegura que lucha contra el nazismo en Ucrania, se ve desmentido por el hecho de que la práctica totalidad de los neonazis del mundo se han puesto de su parte. China, más pragmática, renuncia sin complejos a las coartadas ideológicas y lucha por el poder global con cuantas herramientas tiene a su



Francis Fukuyama. (Foto: www.wikipedia.org)

disposición, preferiblemente no militares, pero no hace del comunismo su bandera. En Occidente, los presidentes de los Estados Unidos eligieron pretextos muy alejados de la ideología —la seguridad de los ciudadanos americanos o la hipotética existencia de armas prohibidas de destrucción masiva— para amparar sus aventuras bélicas en Panamá o Irak.

Quizá el error de Fukuyama fuera olvidar la perspectiva histórica. Si antes de que aparecieran las ideologías ya se luchaba por intereses económicos, dinásticos o al dictado de las políticas expansionistas de los imperios que han protagonizado largos períodos de la historia de la humanidad, ¿por qué no habría de hacerse después? ¿Tanto hemos cambiado los seres humanos? Lo cierto es que, guerra a guerra,

en las tres últimas décadas se ha ido desmoronando la teoría esbozada por el analista norteamericano, a la que la invasión de Ucrania sólo le ha dado el golpe de gracia.

La guerra de Putin y el nuevo orden mundial

Culpar en exclusiva a Putin de los numerosos problemas de la humanidad sería casi tan injusto como eximirle de responsabilidades. Después de todo, son muchos los conflictos armados que han tenido lugar en lo poco que va del siglo XXI. Pero es probable que los historiadores que dentro de algunas décadas analicen la época que vivimos den fe de que ha habido un antes y un después de la invasión de Ucrania.

¿Qué tiene la guerra de Putin que de verdad pueda cambiar el orden mundial? ¿Por qué es diferente de las demás? Para empezar a poner las cosas en su sitio, conviene recordar que la mayoría de los conflictos armados que

hoy sufre el mundo son guerras civiles, muy difíciles de erradicar en la práctica porque la comunidad internacional no encuentra en la Carta de la ONU, siempre respetuosa con la soberanía de las naciones, herramientas eficaces para lidiar con esa lacra. Es cierto que durante la larga Guerra Fría muchas de estas guerras se vieron impulsadas o agudizadas por la dinámica del enfrentamiento entre bloques. Pero se equivocaban quienes deducían de ello una clara relación de causa-efecto. El tiempo ha vuelto a demostrar lo que ya estaba escrito con tinta indeleble en la historia de nuestra especie: no es imprescindible la influencia externa para que los ambiciosos seres humanos luchen por el poder (1).

El carácter internacional de la guerra de Ucrania es obvio, por mucho que Putin, esforzado paladín de la desinformación, haya intentado convencernos de que ni es una guerra ni existe la propia Ucrania. Pero, por desgracia, no es la única de este tipo en las últimas décadas. Ni tampoco es la primera que libra una gran potencia, con un arsenal nuclear a sus espaldas y derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, contra un país aparentemente indefenso que luego resulta no serlo tanto. ¿Por qué es distinta de la invasión de Ucrania de la de Irak, que seguramente pasará a la historia sin que nadie le dedique más que unos pocos párrafos?

Hay tres buenas razones para justificar la diferencia. La primera de ellas es que se trata de una guerra de conquista. En teoría, puede argumentarse que la Carta de la ONU consagra al mismo nivel el derecho a la soberanía y a la integridad territorial de los Estados. Desde esta perspectiva, capturar a Noriega, el narco-dictador de Panamá, por mucho que el hombre se lo mereciera, sería tan ilegal como invadir Ucrania. Pero la herida de una guerra injusta librada para cambiar un régimen político hostil empieza a cicatrizar en cuanto las fuerzas invasoras vuelven a su país, y eso, por definición, no ocurre en las guerras de conquista, a menos que el agresor sea completamente derrotado.

Una segunda diferencia, igualmente importante, es el fracaso del plan de invasión original. Si el régimen de Kiev hubiera caído en pocos días, como cayó el de Sadam Husein, el mundo habría visto la aventura de Putin en Ucrania como una segunda parte de la de Crimea y se habría resignado ante lo inevitable. Las sanciones impuestas en 2014 se habrían reforzado, pero un año después pocos estaríamos hablando de esto. Es la incapacidad de Rusia para ganar la guerra —muy diferente en sus efectos de la incapacidad de los Estados

(1) En España, la singularización de la denominación de «Guerra Civil» para referirse a la de 1936-1939 contribuye a dificultar la correcta percepción del fenómeno bélico. Sin embargo, mucho antes de las guerras políticas del siglo XX, antes del comunismo y del capitalismo, antes del petróleo y de las multinacionales, que hoy parecen tener la culpa de todo, los habitantes de nuestro suelo —romanos, visigodos, árabes, castellanos y aragoneses y, finalmente, españoles— se enfrentaron en cruentas guerras civiles para las que siempre consiguieron encontrar motivos suficientes.

Unidos para ganar la paz en otros conflictos de este siglo (2)— la que continúa provocando el progresivo deterioro de las relaciones entre Rusia y sus antiguos socios —o cuando menos clientes— occidentales.

Quizá, a pesar de las diferencias, sería exagerado sugerir un nuevo orden mundial. Pero para los académicos queda una tercera razón que por sí sola justifica que nos planteemos esta hipótesis: la voz del propio Putin. Entre la docena larga de pretextos que el dictador ruso viene utilizando para legitimar la invasión de su vecino se encuentra la necesidad de poner fin al injusto orden unipolar que, según nos dice, vulnera los derechos de Rusia y, como al inquilino del Kremlin no le gusta quedarse corto, de todos los pueblos sobre la tierra (3).

La geoestrategia, ¿un instrumento bien calibrado?

¿Cómo habría de ser ese hipotético nuevo orden mundial que anuncia Putin? Antes de intentar responder a esa pregunta, permita el lector una breve digresión para dirimir una inquietante cuestión previa. Si Francis Fukuyama, todo un profesional de la geoestrategia, se equivocó en su ensayo, como también lo hicieron todos los que lo aplaudieron, ¿por qué habría que creer al líder ruso, incluso suponiendo que actúe de buena fe? Más importante para mí, ¿por qué habría que confiar en el criterio de un *amateur* como es el autor de este artículo? Me gustaría poder dar algún argumento a mi favor —más que al de un Putin, que no es santo de mi devoción—, pero lo cierto es que no se me ocurre ninguno de verdadero peso.

La dificultad de predecir el porvenir tiene su raíz en el irrefutable hecho de que el futuro no está escrito (4).

Cualquier método de predicción, desde las cartas del tarot al análisis geoestratégico, tropieza con esa realidad. No estoy en condiciones de criticar

(2) El coloso norteamericano ha podido recuperarse de sus fracasos políticos en Irak o Afganistán sin excesivos traumas porque nunca tuvo como objetivo anexionarse ninguna provincia de esos países. Putin, por el contrario, quemó sus naves cuando, presionado por la necesidad de movilizar a sus reservas —que, por ley, no podían combatir en el extranjero—, integró precipitadamente cuatro regiones ucranianas en la Federación Rusa.

(3) No es, desde luego, el más importante de los pretextos de Putin. La primera fila de la parrilla de salida la ocupan hoy los presuntos derechos históricos de Rusia sobre el «territorio que hoy se llama Ucrania», la protección de los ciudadanos del Donbás frente al nazismo de los dirigentes en Kiev y la defensa de la patria rusa contra una inminente agresión del pueblo ucraniano, al servicio de los intereses de Occidente. Pero hay grupos sociales en los que cualquier crítica al imperialismo de los Estados Unidos asegura un éxito de público al que Putin no querría renunciar.

(4) «Siempre en movimiento el futuro está», creo recordar que decía el maestro Yoda, esa especie de batracio místico de la *Guerra de las Galaxias*.

los fundamentos teóricos de la astrología aplicada a la adivinación porque los desconozco, aunque sea fácil constatar sus pobres resultados prácticos: si los astrólogos siguen ejerciendo su desprestigiada profesión es porque ninguno ha sido capaz de predecir los números ganadores de la lotería o los resultados de las quinielas.

¿Y la geoestrategia? Mala señal que ellos también sigan ejerciendo su oficio. De hecho, no fueron los practicantes de esa oscura ciencia quienes predijeron la invasión de Ucrania, sino los espías y los analistas de inteligencia. ¿Culpa de los geoestrategas o de su método? Como en este terreno me muevo con más comodidad que en el de la astrología —y, además, conozco a alguno de los practicantes, a quienes no quisiera ofender—, me siento más inclinado a cuestionar el instrumento que a culpar a las personas que lo utilizan.

Hay en la geoestrategia una hipótesis que me parece equivocada: la de que las naciones, como las personas, actúan de acuerdo con sus intereses. Así sería si las naciones fueran organismos pensantes en lugar de estructuras conceptuales concebidas por las sociedades humanas para organizarse. En realidad, no son las naciones quienes toman las decisiones, sino sus líderes, y éstos —que, aunque a veces no lo parezca, sí son personas— suelen decidir en función de sus propios intereses, que no siempre coinciden con los de las naciones que lideran. Para muestra basta un botón: ¿beneficia a Rusia prolongar el sangriento forcejeo en que se ha convertido la guerra de Ucrania a costa de incontables bajas, de una notable pérdida reputacional y de un significativo retroceso de su economía? En absoluto. ¿Beneficia a Putin? Desde luego,



Vladímir Putin. (Foto: www.wikipedia.org)

aunque sólo sea como mal menor. Su régimen no resistiría el descrédito de una retirada (5).

¿Quiere eso decir que la geoestrategia es un instrumento inútil, quizá reemplazable por alguna rama de la psicología que entienda de las ambiciones humanas? Por supuesto que no. También los meteorólogos se equivocan con frecuencia y no por eso dejamos de seguir la predicción del tiempo en los telediarios. Incluso los físicos, amparados por sólidos principios científicos, son incapaces de resolver un problema tan firmemente anclado en la mecánica clásica como el de adivinar el resultado de una tirada de dados desde lo alto de la Torre Eiffel.

Los teóricos de la física no tienen empacho en declarar que la complejidad del problema convierte en aleatorio el resultado del experimento... Excusa que, bien pensada, también podrían usar los estrategas. Es cierto que los físicos pueden presumir de que al menos son capaces de calcular dónde caerán los dados y cuánto tardarán en caer, pero eso sólo sería completamente cierto en el vacío. En el mundo real, una racha huracanada, caprichosa e impredecible, podría llevarse los dados sólo Dios sabe dónde (6).

Una racha huracanada

La guerra de Ucrania, producto sin duda de un inesperado error de apreciación del Kremlin, sería para los estudiosos de la geoestrategia esa racha huracanada que haría equivocarse a los físicos y que casi ninguno —es hora de reconocer mi parte de la culpa— fuimos capaces de predecir.

Tan sorprendente como la propia guerra ha sido el fracaso de la invasión. Y es ese fracaso lo que ha puesto a Rusia en un grave aprieto. En un mundo de tiburones, como es el nuestro, la sangre derramada en Ucrania no podía pasar desapercibida. Para la gran potencia norteamericana, que desde el principio ha apoyado generosamente al régimen de Zelenski, la guerra no es sólo un deber altruista. Es también una oportunidad para debilitar a un rival estratégico sin asumir excesivos riesgos. Para la OTAN, todavía recuperándose de las disensiones que se produjeron durante el mandato del presidente Trump, la invasión ha sido la poción mágica que le ha devuelto la fuerza perdida. Para la UE, que ha reaccionado con energía inesperada al órdago de Putin, la guerra ha supuesto el acicate que Bruselas necesitaba para imponer a las

(5) No es un caso único. Casi todas las guerras de la historia del mundo, cualquiera que haya sido su pretexto, han sido el resultado de oscuras luchas por el poder entre las élites políticas o dinásticas del país agresor.

(6) A gusto o a disgusto, conviene aceptar la triste realidad: los estrategas, como los meteorólogos, los economistas y hasta los físicos, son mucho mejores explicando *a posteriori* las razones de lo que realmente ha ocurrido que adivinando lo que va a ocurrir.

naciones más díscolas una profundización imprescindible en las áreas más débiles de la Unión: política exterior y defensa. En China, la falsa posición de neutralidad apenas esconde lo mucho que le conviene la prolongación de una guerra que le proporciona energía barata, le da pistas útiles sobre lo que puede ocurrir si decide invadir Taiwán y, a más largo plazo, es posible que termine arrojando a sus brazos a una Rusia debilitada que los inescrutables líderes chinos quizá sueñan poder comprar a precio de saldo.

Una guerra larga

Cuando Putin decidió lanzar sus dados, cruzando por segunda vez el Rubicón de las fronteras de Ucrania, apostaba a una victoria fácil e incruenta, quizá inspirada en la que puso fin a la Primavera de Praga en 1968. Un año después, ese resultado ha quedado descartado, pero todavía no sabemos lo que va a ocurrir. Los dados aún no han dejado de rodar.

Como la propia física, la ciencia militar no es capaz de adivinar cuál será el resultado exacto de la tirada, entendiendo por tal las condiciones concretas en las que algún día puede llegar la paz. Los factores a analizar son excesivos y demasiado complejos. Pero en lugar de excusarme con lo aleatorio de la guerra, prefiero intentar predecir al menos dónde y, sobre todo, cuándo caerán los dados.

¿Del lado de Rusia? A estas alturas, parece obvio que Putin no puede ganar la guerra. Como el bíblico rey Baltasar de Babilonia, el Ejército ruso ha sido medido en Ucrania y hallado falto. Inmune a la crítica durante décadas por su estatus institucional, su organización y su doctrina están anquilosadas. Su material, que en la guerra del Vietnam estaba casi a la altura del norteamericano —basta recordar los duros enfrentamientos de entonces entre aviones de leyenda como fueron el poderoso *Phantom II* y el ágil *MiG-21*— adolece del retraso de Rusia en áreas clave de la electrónica digital (7).

Su logística es pobre, tanto en recursos como en la capacidad de gestionarlos. Su moral no puede menos que resentirse de las dudas sobre la justicia de su causa, de lo difícil que resulta conseguir algunos suministros básicos y, sobre todo, de la integración en sus filas de mercenarios, soldados profesionales, voluntarios chechenos, reservistas movilizados, milicianos de las repúblicas del Donbás, criminales sacados de la cárcel para combatir y seguramente, dada la paranoia común a todos los dictadores, algún que otro agente de las diversas ramas del espionaje ruso.

(7) El desastre del *Moskva* no es un caso aislado. Si la propia Aeroflot —aerolínea de bandera de la Federación Rusa— vuela con aviones comprados a Boeing o Airbus, ¿cómo creer en las excelencias que pregona Moscú sobre su aviación de combate?



Volodímir Zelenski. (Foto: www.wikipedia.org)

¿Caerán entonces los dados del lado del país agredido? Tampoco parece posible que gane la guerra Ucrania, si entendemos por victoria la recuperación de todo su territorio. A cambio de la ayuda occidental, el ejército de Zelenski se ve obligado a combatir con una mano atada a la espalda, sin utilizar el armamento recibido para devolver los ataques realizados desde el territorio ruso. Esta limitación no parece hoy excesivamente importante, pero si la guerra llegara a acercarse a las fronteras de la Federación, se convertiría en un pesado lastre. Desde el punto de vista táctico, es difícil derrotar a un enemigo al que no es posible flanquear porque dispone de una zona segura a retaguardia donde poder emplazar sus armas de

apoyo y su logística. Desde el punto de vista operacional, ¿cómo luchar contra un ejército que no necesitaría defender ningún frente, que podría maniobrar dentro de sus fronteras y escoger el momento y el lugar oportunos para lanzar sus propias ofensivas sin temer el contraataque sobre sus propias líneas? Desde el punto de vista estratégico, siempre el más importante, ¿cómo obligar a Putin a ceder sin amenazar ninguno de sus verdaderos intereses vitales? ¿Cómo impedir que, después de cada batalla perdida, vuelva a intentarlo una y otra vez?

¿Podrían entonces caer los dados en un punto intermedio? Si por tal intermedio entendemos un acuerdo entre las partes, parece igualmente difícil. Un grave inconveniente de las guerras de conquista es que no existe esa solución diplomática en la que todos ganan y de la que tanto hablan estos días algunos falsos apóstoles de la paz. Cuando lo que está en juego es el territorio, la diplomacia se convierte en un juego de suma cero. Ucrania no cederá nada si no es derrotada decisivamente; desde luego, es su derecho. Rusia, que en este caso ha optado por la razón de la fuerza, tampoco se retirará mientras pueda defender lo ocupado.

Una diferencia entre la física y la estrategia es que los dados no tienen por qué terminar de caer cuando todos esperan. Mientras la lucha continúe, ni Rusia ni Ucrania tienen por qué admitir que no han conseguido todos sus objetivos. Putin puede continuar dando falsas garantías a su pueblo de que alcanzará todos los objetivos de la «operación especial», y Zelenski puede seguir prometiendo al suyo que liberará todo el territorio ocupado, incluida Crimea. Eso asegura una guerra larga y, con ella, unos efectos duraderos sobre el orden mundial que Putin dice querer alterar.

¿Una segunda racha huracanada?

Teóricamente, es posible que una nueva racha huracanada termine con los dados en el suelo, aunque sea en un punto que quizá hoy nos parezca poco plausible. Pero, ¿cuál puede ser esa racha? ¿Se cansará Occidente de apoyar a Ucrania? Es improbable. El recuerdo de la guerra de Bosnia, en la que la República de la antigua Yugoslavia estuvo sometida a un embargo de armamentos que hoy nos parece injusto, sugiere que la retirada del apoyo occidental no traería el fin inmediato de las hostilidades que anuncia Putin. Como Bosnia en su día, Ucrania se defendería en los núcleos urbanos con lo que ya



Firma de la anexión de Crimea y Sebastopol a la Federación de Rusia.
(Foto: www.kremlin.ru)

tiene y lo que pueda conseguir. En lugar de la paz, lo que tendríamos es más muerte, más devastación y más imágenes en los telediarios similares a las del infame bombardeo del mercado de Sarajevo, de las que la voluble opinión pública occidental culparía a los gobiernos que hayan chaquetado (8).

¿Puede Putin atreverse a utilizar su arsenal nuclear? Se ha hablado mucho del posible empleo de armas tácticas en Ucrania. Sin embargo, la idea no tiene mucho sentido desde el punto de vista militar, porque ni el Ejército de Zelenski ofrece blancos suficientemente valiosos para que su destrucción ponga fin a la guerra ni Rusia dispone de sistemas NBQ para que sus propios soldados puedan combatir en esas condiciones. Menos aún tiene sentido desde el punto de vista político, después de que China y la India hayan advertido al líder ruso de que no le acompañarían por ese camino. Es cierto que un Putin cercado en Moscú, como Hitler lo estuvo en Berlín, podría preferir la destrucción del mundo al riesgo de caer en manos de sus enemigos. Pero, precisamente por esa razón, nadie va a cercar a Putin en Moscú.

¿Puede caer el régimen de Putin víctima de un complot interior? Probablemente no. El líder ruso ha cometido errores graves en el terreno estratégico y no parece tener talento para lo militar; pero para haber llegado a donde está debe de haber sido un eficaz agente de la KGB. Seguramente es capaz de protegerse a sí mismo. Además, su hipotética caída no necesariamente traería la paz a Ucrania. Quizá su sustituto fuera, al menos a corto plazo, aún peor que él.

Buscando los vientos huracanados en un escenario más lejano, ¿puede China aprovechar la crisis para invadir Taiwán? Esa sí que sería una racha impredecible que cambiaría de golpe el panorama estratégico. Pero tampoco parece probable a corto plazo. Sabemos que Xi Jinping ha ordenado a sus Fuerzas Armadas que se preparen para la guerra, lo que parece sugerir que de momento, visto lo que le ha ocurrido en Ucrania a un ejército que sigue un modelo parecido al suyo, no está seguro de que lo esté.

Si tuviera que mojarme con un pronóstico, no será una racha huracanada la que ponga fin a la guerra. Serán los vientos de cambio en la propia Rusia los que, con el tiempo, harán caer los dados, seguramente en el campo ucraniano. Pero no ocurrirá mañana, quizá ni siquiera en esta década. Hará falta un régimen diferente en Moscú para que Rusia acepte por fin la soberanía de Kiev para elegir su propio destino, que probablemente esté en Europa. Sin embargo, desde la perspectiva del nuevo orden mundial que este artículo pretende analizar, no importa demasiado si las cosas terminan de esta manera o de otra diferente. Lo que cuenta es que Putin ha roto el tablero y ahora hay que buscar unas reglas del juego diferentes.

(8) Quizá sea el momento de recordar que la inacción de los cascos azules holandeses que defendían el enclave bosnio de Srebrenica provocó, algún tiempo después, la caída del Gobierno de su país.

Si vis pacem, para bellum

¿Cuáles son las nuevas reglas del juego? Por desgracia, la guerra en Ucrania ha terminado de derribar los tres pilares que hasta hace poco más de un año parecían sostener el edificio de nuestra seguridad. Es verdad que el primero de ellos, el papel pacificador de la ONU, minado por el derecho de veto de los países más poderosos, ya había dado muestras de debilidad en las últimas décadas. Más fe cabría depositar en el segundo, el arma nuclear, concebida para la disuasión y para evitar el enfrentamiento, pero que hoy utiliza Putin con el propósito opuesto, el de evitar las interferencias de otros actores en su guerra de conquista. Con todo, lo que de verdad ha decepcionado a la mayoría de los analistas ha sido el colapso del tercer pilar: la economía. Todos esperábamos que las florecientes relaciones comerciales entre Rusia y Europa, particularmente provechosas para Moscú y Berlín, hicieran la guerra igualmente indeseable para ambos bandos.

Resquebrajado el muro que contenía a la guerra, ¿qué garantiza ahora la paz? Ucrania y Georgia han sido atacadas por Rusia. La primera, dos veces. Los países bálticos, integrados en la Alianza Atlántica, no. Nadie podría convencer a los suecos y a los finlandeses de que se trata de una casualidad. Como ha ocurrido siempre a lo largo de la historia, la paz gratuita, fruto de la buena voluntad de los seres humanos, es un espejismo: sólo la fuerza militar, propia y de los aliados, parece ser capaz de disuadir a los agresores. Vuelve, pues, a estar de moda el aforismo clásico *si vis pacem, para bellum*, que últimamente sólo se escuchaba en boca de algunos nostálgicos.

¿Nuevo orden o viejo desorden?

¿Y qué pasa con el nuevo orden mundial anunciado por Putin? Habrá quien quiera centrar el debate en los aspectos más académicos de la geopolítica. ¿De verdad la guerra en Ucrania dará paso al mundo multipolar que el líder ruso dice buscar, con varios centros de poder más o menos equilibrados? Lo dudo. Mucho más probable parece una vuelta a una bipolaridad diferente de la Guerra Fría, con una Rusia debilitada y cada día más sometida a los intereses globales de China, un gigante en alza con el que será difícil relacionarse en pie de igualdad.

Sin embargo, para mí la cuestión que plantea el líder ruso es casi irrelevante. En el teórico mundo unipolar que nació de la Guerra Fría, los Estados Unidos se mostraron impotentes para prevenir el 11-S, cambiar el destino de Afganistán, conseguir el apoyo de la OTAN para la invasión de Irak, frenar el rápido desarrollo de China y su influencia exterior, evitar la nuclearización de Corea del Norte, llegar a acuerdos prácticos con el régimen de Irán, impedir la creciente presencia rusa en el Sahel o disuadir a Putin de conquistar Crimea.

Como comprenderá el lector, no hay mucho en juego en la palabra que empleen los académicos para definir un equilibrio global que, en realidad, nunca ha existido.

Si nos centramos en la geopolítica real, el presunto nuevo orden mundial es, en realidad, un desorden muy viejo. Después de muchos siglos de guerra, no parece que el tiempo que vivimos vaya a ser una excepción. Con la ONU en fuera de juego y el sueño de un orden internacional basado en reglas aplastado en Ucrania por la ley del más fuerte (9), la humanidad sigue debatiéndose entre una *pax romana* que nunca fue tal y el conflicto permanente que caracterizó la Edad Media. Si además, a remolque de las ambiciones imperiales de Putin, renace el derecho de conquista proscrito en 1945, los seres humanos habremos dado un vergonzoso paso atrás. Los nuevos príncipes, como los que en su día inspiraron a Maquiavelo, seguirán viendo en la guerra la herramienta perfecta para unir a su pueblo frente a un enemigo exterior, reforzando su poder. Los más decididos, como el propio Putin, volverán a buscar fama y fortuna en las grandes empresas militares. Se habrá perdido el que quizá sea el logro más importante de la humanidad desde la abolición de la esclavitud.

La Armada y el rearme

Un desorden así sólo puede traer consigo el rearme de las naciones, tanto material como político; un fenómeno que no empieza ahora, pero que seguramente se va a agudizar en los próximos años. Hay razones para estar preocupados. El delicado equilibrio en el que se basa la disuasión nuclear está comprometido, porque el Tratado de No Proliferación no ha satisfecho las expectativas de casi nadie. Lo ocurrido a Ucrania después de renunciar al estatus heredado de la URSS, las veladas amenazas de Rusia a Occidente y la reciente suspensión del nuevo START ordenada por Putin en absoluto facilitarán la contención de las ambiciones de países como Corea del Norte o Irán.

En el terreno convencional, el aumento generalizado de los presupuestos de defensa abrirá una caja de Pandora de la que saldrán nuevas tecnologías, nuevas capacidades y, por desgracia, también nuevos desafíos, porque el carácter predominantemente cinético de la guerra de Ucrania no ha hecho desaparecer ninguno de los factores de riesgo anteriores a la invasión. Nuestras calles siguen bajo la amenaza del terrorismo, nuestras opiniones siguen viéndose afectadas por la desinformación y nuestras instituciones y servicios siguen siendo vulnerables a los ciberataques.

(9) Incluso si pierde Putin, como espero, habrá sido la fuerza de Occidente y no la razón la que lo derrote.

Esta situación, objetivamente más difícil que la de hace unos pocos años, se ve reflejada en el nuevo *Concepto Estratégico* de una Alianza Atlántica, cada día más comprometida con el objetivo de que los presupuestos de defensa de todos sus miembros alcancen el 2 por 100 del PIB. Pero no se trata sólo de la OTAN. Borrell, el alto representante de la UE para Asuntos Exteriores, se esfuerza cada día por fortalecer las capacidades militares de la Unión al rumbo marcado por la denominada Brújula Estratégica. En el frente opuesto, las autocracias también se rearmen. Putin ha dado las órdenes necesarias para intentar potenciar el Ejército ruso y revitalizar su debilitada industria de defensa de cara a un futuro que va más allá de la guerra en curso. Lo mismo ha hecho Xi Jinping.

El reto de preparar la guerra para asegurar la paz, compromiso también del Gobierno de España, afecta desde luego a la Armada, pero viene con un pan bajo el brazo: el compromiso de alcanzar ese 2 por 100 del PIB al final de la década. Después de muchos años de renunciaciones operativas sin otra justificación doctrinal que la necesidad de ajustarse a presupuestos muy reducidos dando prioridad a las operaciones en el mundo real, parece llegado el momento de recuperar todas las capacidades perdidas —o conservadas sólo testimonialmente— para los escenarios de alta intensidad.

Sin negar la importancia de los grandes programas, el reto a que la Armada debe hacer frente no está sólo en las adquisiciones de material, desde luego imprescindibles y que, poco a poco, irán encontrando acomodo en las listas priorizadas aprobadas por el Ministerio de Defensa. Igualmente crítico será renovar la doctrina e invertir en alistamiento, la gran asignatura pendiente de todos los países que ahorran en seguridad (10).

Pero eso, mucho mejor que yo, lo saben quienes ahora tienen la responsabilidad de regir los destinos de la Armada; los que, superada la edad del retiro, vemos los toros desde la barrera solamente podemos desearles suerte. Algo que no me resisto a hacer desde estas líneas para cerrar el artículo como manda la tradición.



(10) Rusia incluida, desde luego. Y así les va.

Avión *Harrier* en la cubierta de vuelo del LHD
Juan Carlos I. (Foto: Víctor Fernández Carrera)

